

Izo mi bandera, con orgullo

Celébrame, acéptame, ámame
por todo lo que soy, tal como soy
así como la cebolla, envuelta en sus capas,
comienzo con una triste historia
oculta por miedo a tus prejuicios
por no ser el niño que crecería
como el macho de la casa,
por no ser el hombre al que halagarías,
por deshonrar al padre nuestro,
por alimentar el morbo en oídos ajenos,
por negarte los nietos de tus sueños,
por mis elecciones, tu vergüenza,
por ser la pena del barrio, la mancha de la familia,
por no habértelo dicho antes,
antes de mi condena.

Pélame,
por todo lo que soy, tal como soy
así como la cebolla, descúbreme.
Revélame, siente la quemazón de tu llanto
lavar tu estigmatizante ceguedad
para que te des cuenta de la falta
que, en tu decepción, siempre
me hiciste, lo solo que me he sentido.

Y en este camino llamado Soledad,
asimilando voy una cultura, un idioma
ajeno, un mundo extranjero, de posibilidades
nuevas, para reinventarme, salir adelante,
pero nunca llegando,
desaparecido y cautivo
cargando voy, en mi cuerpo un dolor
que no me deja bien amar, ni enfermar.

Mi identidad, el simple hecho de mi ser,
es notoriamente culpable hasta
demostrar su inocencia a jueces sordos.
Porque todo lo que soy, tal como soy,
existe dentro de una retórica racista,
una política xenofóbica, una cultura homofóbica.
Los mismos que dictan nuestros caminos,
verdugos son, quienes familias separan
y hogares desalojan.

Así que por todo lo que somos, tal como somos,
muchos de nosotros nos escondemos,

por no existir dentro de una hetero-normalidad,
por no contar con papeles,
o con el privilegio geográfico-sociocultural,
por sobrevivir a pesar del virus, nuestro compañero.

Y en las sombras, protegidos por el manto
de la oscuridad, salimos a pasear,
libres, tal como somos.

Pero las sombras pesan, cansan.

Por eso hoy, izo mi bandera, no en derrota,
sino orgullosamente por la continua lucha.
Sus colores pintan los días a seguir,
mi ánimo reflejado en ellos.

El rojo de mi sangre guerrera,
por siempre transformada tras la ilusión de un amor
que, poco a poco en el naranja de atardeceres
de junio, encuentra la esperanza
iluminada en aquel amarillento sol, reluciendo lo puro
de mi naturaleza, como el verde del pasto,
vibrante, fogoso a pesar de ser pisoteado,
causándome extremo dolor en el índigo de la noche;
y al arrullarme, acurrucarme con un todo está bien,
la serena tranquilidad me envuelve, acobijándome
contra la purpura lluvia, mi espíritu invencible.

La poesía, mi escudo, así vocifero mi grito de guerra que
estos versos son de agallas, de resiliencia y de protesta; que
estos versos son tuyos, y míos y de ambos

y de todos aquellos valientes
que perduran aun en las sombras
con el amor de nuestras madres,
abuelas, nuestros padres y
cada uno de nosotros,
nuestras historias, nuestra fuerza
iluminando el camino.